

—Al quererte librar de un grave mal, exclamó, te hemos causado otro; pero este es preferible.

Las indicaciones de mi padre eran sentencias para mí, de manera que después de una corta pausa lo interrogué de este modo.

—¿Estais definitivamente resueltos á que yo no efectúe mi enlace con Arturo?

—Si hija mia, me contestó, no puedes unirte con él.

—Pero ¡padre mio! no veis que esto me causará la muerte, porque lo amo con todo mi corazón!.....

No importa Marta; son tales las causas que se oponen á tu enlace con Arturo, que preferiria yo (mide bien la extensión de mis palabras) preferiria yo verte en la tumba, que no esposa suya.

Un lamento agudo se escapó muy á mi pesar en este instante de mi pecho, porque las palabras de mi padre destruian mi última esperanza!...

Mi padre continuó diciéndome, cálmate Marta; tú te dejas llevar demasiado de la fuerza y delicadeza de tus sentimientos, y es preciso que contemples las cosas bajo otro punto de vista, escúchame hija mia: ¡eres jóven y bella! poséas en tu corazón un tesoro mayor que tu fortuna que no es poca, verás cuan presto se presentarán nuevos adoradores, que llenos de fuego solicita-

rán tu mano; entre ellos habrá alguno digno de tí, y entónces verás si tus padres son capaces de oponerse á tu dicha, al cumplimiento de tus deseos,

¡Ay padre mio! repuse conmovida, me conoce vd. muy poco!... nó, si Arturo no es mi esposo, yo no seré jamás de ningun otro, porque en mi alma no caben dos objetos, y ella está toda llena por él!..

Mi padre exhaló un profundo suspiro al escucharme, pero tomando un aire de calma que distaba mucho de tener, continuó: Hija mia, precisamente de esto tratamos, y trabajaremos con empeño en que se aparte de tu alma la imagen de ese hombre, indigno de morar en ese santuario purísimo.

¡Esto no es posible! murmuré con acento débil y una voz desfallecida; pero tomando despues aliento, y con tono resuelto les dije.

Quiero; sí, os ruego padres míos muy queridos, que me habéis con entera franqueza, manifestándome ¿porqué se me prohíbe amar á Arturo? ¿porqué se ha deshecho mi matrimonio con él? tengo derecho de saberlo.

Al escuchar mis padres estas palabras, noté que mi pobre madre hizo una seña enérgica á m

padre, para que no revelase nada, mientras él se cubría el rostro con ambas manos.

Sin embargo, á pesar de eso no me contuve, y dirigiéndome á él con un fuego y arrebató febril le dije.

—Padre mio, quiero saberlo todo, sin que se me oculte nada; ¿lo comprendeis? nada, ¿porque no me prohibisteis desde el principio amar á Arturo? ¿porqué cuando pidió mi mano se la disteis, y hoy que tocaba ya casi el momento de mi completa dicha, hoy que él solo vive en mi alma, y que ya se hallaba todo arreglado para nuestro matrimonio, en un instante quereis destruir mi ventura?

Nó; vosotros teneis obligacion de decírmelo todo para vuestra propia justificacion, y para que pueda yo sentir la fuerza de vuestras razones, y encontrar en ellas al menos algun alivio.

Al hablar así, diriji á mi padre una mirada tan tierna y tan llena de amargura, que hizo rodar de sus ojos dos gruesas lágrimas.

En un tono conmovido me replicó: ¡Hija querida! ¿has visto cuan cristalinas se ostentan las aguas en las fuentes, y como nos recreamos contemplando su encantadora limpieza? pues bien, si en esas aguas purísimas arrojásemos alguna sustancia sucia, algun objeto asqueroso. ¿Que su-

cederia? ¿No es cierto que, al momento perderia su limpieza, y hasta se sentiria exhalar de ellas un olor mal sano y nauseabundo, que nos obligaria á retirarnos?

—¿No es verdad todo esto?

—Sí, respondí tímidamente.

Pues bien, replicó mi padre entonces, ¿que pretendes? tú, ¡hija mia! eres esa fuente purísima, cuyas aguas limpias causan nuestra más profunda admiracion; y si en ellas arrojamos por medio de palabras las sucias y viles acciones de Arturo, si te descubrimos su vida escandalosa, ¿Como es posible que no se destruya en un momento tu tranquilidad? ¡infeliz!... se corromperian y mancharian las aguas de tu alma; tus palabras serian ya no la expresion de la inocencia, sino que tendrian que encerrar un fondo de doblés, que no podria dejar de envilecerte.

En vez de un bien, te causariamos un mal verdadero, si te revelásemos todo lo que hemos sabido de Arturo; no hija mia, tu debes ignorarlo, y confiar en tus padres.

Las palabras de mi padre penetraban en mi alma como un dardo de fuego. Ellas prestaban un vastísimo campo á la meditacion, hubiera querido, aunque perdiese el candor, saber todo lo que tenia relacion con Arturo, pero me era imposible

interrogar más á mis padres, cuando para contestar mis observaciones habia anticipádose mi padre diciendo:

—Hija mia, la conducta de padres tan amantes, nunca ha tenido que justificarse ante hijos, que comprendiendo todo lo que entraña ese amor tierno y puro, son incapaces de concebir contra ellos ningun pensamiento indigno, abrigar ni una sola sombra de duda, ni mucho ménos formular un juicio errado ó poco fundado; puede ser, que la exageracion de tu amor por Arturo te haya turbado por un momento la mente, y héchote desconfiar de la conducta noble de tus padres, pero . . . no importa, nosotros estamos convencidos de que tan solo por tu bien obramos, y ya ves que esto no nos puede traer ningun remordimiento. Creémos además, que una hija como tú, tan buena y cariñosa con sus padres, no puede culparlos, desconocer sus nobles sentimientos y desconfiar de ellos. ¿Es verdad Marta?

—Vozlo habeis dicho, padre mio, contesté anegándome en llanto.

—Pues bien; estando convencida como lo estás de que solo por tu bien obramos, tén confianza, y verás cuan presto serás completamente feliz.

Me decias además, que para tu propia tranqui-

lidad ó consuelo querias saber las faltas de Arturo. En esto, en parte tambien, no obrabas como es conveniente, hija mia, porque tú misma te avergonzarias de haber puesto tu amor en un hombre como ese; y esto en vez de consuelo, te sonrojaria, y produciria en tí desengaños amargos. Sin embargo, si creés que en algo pueda consolarte mi revelacion, te diré en globo que Arturo es un hombre lleno de crímenes, cuya conducta escandalosa, objeto de censura, ha sido el blanco de los tiros de la gente honrada. Arturo ha turbado y destruido la paz doméstica de multitud de familias virtuosas, á las cuales ha dejado sumergidas en un oceano de angustias, Arturo.....

—No, padre mio, no continéis, murmuré pálida y temblorosa, no quiero oír más.....

—Me alegra, hija, mia en extremo ese justo horror, fruto de la bondad de tu alma. Tienes razon en no querer oír cosas que tanto te dañan. Ahora te dejamos sola entregada á estos puntos de meditacion.

Arturo es indigno de mí, porque su vida es una cadena de maldades.

—Si hubieras sido su esposa, habrias sido pronto extremadamente desgraciada, y los hijos

de este hombre hubieran tenido que avergonzarse de su padre.

—Después de pensar seriamente en todo esto, verás como la paz penetrará en el interior de tu alma, calmará tu angustia y tu dolor, y cesarán pronto tus penas; esto es lo que deseamos, porque tu dicha nos es más cara que la vida.

Diciendo estas expresiones, se levantó mi padre después de imprimir en mi frente un tierno beso, y se dirigió á la puerta; entónces se acercó mi pobre madre, me estrechó fuertemente contra su corazón; sus lábios se acercaron á los míos y bebí en ellos el amor y la dicha; luego siguió á mi padre, diciéndome ántes de salir: ¡valor Marta, pronto estaré contigo!.....

Poco rato después me encontré enteramente sola, y sumergida en la más profunda meditación. Se entabló entónces en mi corazón una lucha terrible, de la cual aun no podia preveer el resultado. No podia pensar en Arturo sino como en el sueño de mi cariño, y al considerar un criminal en el hombre que tanto amaba, mi corazón se sentia oprimido bajo el peso del dolor.....!

Aquí se encontraba Marta de su relacion, cuando vinieron á llamarnos para comer; juntas nos dirigimos al comedor, y después nos separa-

mos, entregándonos el resto del día á nuestras propias meditaciones.

El Norte continuaba con fuerza, y la noche nos sorprendió sin que hubiese calmado. Nuestra angustia aumentó: temíamos que nos impidiese partir al día siguiente, y la permanencia á bordo, sin fruto alguno, nos desesperaba.

A las diez nos recogimos en nuestros camarotes, y pronto el sueño nos sumergió en un dulce reposo.

A la mañana siguiente, nuestros primeros pasos se dirigieron sobre cubierta, nuestro corazón palpitó de contento, brillaba á nuestra vista la luz de un hermoso día, el cielo estaba sereno, la mar yacia tranquila, una dulce brisa jugueteaba con las olas, el Norte habia concluido, y un día de completa calma habia sucedido al de tormenta.

Gozando nos hallábamos de la belleza de la mañana, cuando descubrimos á los léjos un bote que se desprendia de la playa, sin saber por qué, una secreta emocion se apoderó de nosotras, nuestro corazón palpitó de contento, y nuestra mirada fija en el bote, se agitaba con la ansiedad del que algo espera.

La pequeña embarcacion avanzaba hácia no-

sotras con lentitud, y los remos apenas se sumergían en las azules aguas.

Repentinamente un rayo de esperanza cruzó por nuestra mente; el bote conducía tan solo dos pasajeros, un caballero y una dama.

Si serán ellos, exclamamos, y á la idea de volver á ver á nuestros queridos tios, á quienes habíamos creído ya muy léjos de nosotras, saltamos de contento, bendiciendo el Norte que nos habia proporcionado aquel instante de consuelo.

¡Incautas é inocentes, no comprendíamos que al volverlos á perder, se renovaría nuestro dolor! Dejándonos llevar de nuestra alegría, agitamos los pañuelos por el aire, pronto los de ellos respondieron á nuestro saludo, y algunos momentos despues los estrechábamos de nuevo en nuestros brazos.

¡Cuántas sensaciones de placer experimentamos entónces; pero estos venturosos instantes huyeron rápidos como la luz de un relámpago, ¡como huyen siempre los momentos de felicidad!.....

Corto fué el tiempo que nuestros tios permanecieron á nuestro lado. Repentinamente él nos dijo que iban á visitar otro buque que allí estaba anclado, y que en seguida vendrían; y ella nos estrechó contra su pecho, y á pesar de las protes-

tas que nos hacian, todos comprendimos que aquel era el último adios!

El llanto anudó nuestra garganta, nuestros labios se abrieron para exhalar un gemido; un vértigo cruzó nuestra frente, y cuando salimos de nuestro estupor, ellos habian ya partido.....

¡Hay impresiones que la pluma en vano trata de describir!

¡Hay cosas que solo se sienten, pero que jamás se explican!

Abismadas y sumergidas nos hallábamos en nuestras propias impresiones, cuando la detonacion de un cañon hirió nuestro oido.

Un involuntario temblor estremeció nuestros miembros. Aquella detonacion habia destruido nuestra esperanza. Aquel cañonazo resonó en nuestros oidos como un eco de desolacion y de muerte.

El momento terrible habia llegado, la hora de partir habia sonado ya en el relox de la Providencia, y levantando el ancla nuestro buque comenzó á alejarse con rapidez entre las aguas del Oceano.....

Un hondo gemido, un ¡ay! agudo se escapó de nuestro pecho, torrentes de lágrimas brotaron de nuestros ojos. Lágrimas dirigidas á nuestra familia; lágrimas tambien dirigidas á nuestra patria

querida, que tan justamente posee siempre las simpatías del corazón.

Luego dirigimos con avidez nuestras miradas hacia al más próximo de los buques que estaban allí anclados. Nuestros tíos se hallaban sobre cubierta, nos veían partir.

Nuestras miradas se encontraron; los latidos de su corazón respondían á los nuestros; sus lágrimas corrían también.

Mútuamente nos contemplamos algunos instantes; los blancos pañuelos flotando por el aire repetían ¡adios! ¡adios! mientras tanto, esta palabra destrozaba nuestro corazón.

El buque sin compasión continuaba su marcha, alejándonos cada vez más de todo lo que nos era querido; nuestros ojos, fijos en la cubierta del otro buque, repetían con sus lágrimas: ¡adios! ¡adios!

Dios contemplaba en el silencio del Océano aquella muda pero elocuente despedida, ¡tan poética, tan dolorosa!

Pronto el buque y los seres queridos que en él se encerraban, aparecieron solo como un punto blanco en el horizonte. Algunos instantes después, este punto se desvaneció también.

Nosotras permanecimos como estatuas; fija la vista en la playa de la patria, fijo también en ella el corazón, y en la querida familia que dejába-

mos en México, y de la que á cada instante más y más nos alejábamos.....

Así pasaron las horas, pronto la playa desapareció también, y cuando perdimos de vista las últimas costas de nuestra patria, entonces nuestro corazón exhaló un gemido; las fuerzas nos faltaron, y nos dejamos caer desfallecidas en los asientos del buque.

Pasó en ese instante ante nosotras, como en un sueño ó panorama, el recuerdo, la imagen de los primeros años de nuestra infancia, las caricias de nuestra familia; de esa familia de la que entonces nos separábamos quizá para siempre; de esa familia que formaba la mitad de nuestra vida!.....

Abandonábamos nuestro país natal, el suelo en que se había mecido nuestra cuna, nuestra patria querida; nos alejábamos de ella, y de esas afecciones que se forman en la infancia, para lanzarnos en un mundo desconocido, en el que solo encontraríamos egoísmo, indiferencia, y un vacío que nada puede llenar.

Agobiadas por estas lúgubres reflexiones, nuestro corazón nos repetía: «¡todo lo has abandonado, teme que sea para siempre!...» y á este pensamiento llorábamos; pero hay veces que las lágrimas no alivian la intensidad del dolor!

¡Nuestra familia!..... nuestra patria!..... todo

habia desaparecido, estábamos en alta mar; cada momento, mas y mas nos alejábamos, y solo existian ya para nosotras, en la vida de los recuerdos, de la que jamás se podrian borrar.

Pasó en ese instante ante nosotras, como en un sueño ó panorama, el recuerdo, la imagen de los primeros años de nuestra infancia, las caricias de nuestra familia; de esa familia de la que entonces nos separábamos para siempre, para siempre de esa familia que formaba la mitad de nuestra vida. A abandonáramos nuestro país natal, el país en que se había nacido nuestra cuna, nuestra patria querida; nos alejábamos de ella, y de esas situaciones que se forman en la infancia, para irnos en un mundo desconocido, en el que solo encontramos egoísmo, indolencia, y un mundo que nada puede llenar.

Agobiadas por estas ligadas reflexiones, nuestro corazón nos repetía: ¿todo lo has abandonado, lo que te me duele siempre? ¿y a qué por qué te alejaste? ¿pero hay veces que las lágrimas no sirven alivia el dolor?

Nuestra familia, nuestra patria, todo

CAPITULO IX.

Navegacion de Veracruz á la Habana. El mareo, desazon y malestar que causa. La vida en el mar; entretenimientos con que procurábamos romper su monotonía, y buscar alguna distraccion. Saludables efectos de los viajes de mar. Grupos que formaban los pasajeros en sus diversos entretenimientos. Marta continúa contándonos su interesante historia. Poca práctica y conocimiento del que dirige el vapor en que hacíamos el viaje, y rumor á que esto dió lugar; agitacion y sensaciones que todo esto produjo en nosotras. Aparicion favorable de otro buque, que nos sacó de la posicion embarazosa en que nos encontrábamos. Vista de la tierra; sensaciones que se experimentan al acercarse á ella. Detencion sufrida, é incidentes que ocurrieron. Nuestro desembarque.

Siete dias duró nuestra primera navegacion; nuestro constante anhelo era llegar lo mas pronto posible á la Habana; continuamente veíamos la singladura, y contábamos las millas que habíamos pasado, y las que aun nos faltaban que caminar. Nuestro pensamiento, siempre fijo en México y en nuestra querida familia, nos hacia verlo todo con tristeza y abatimiento. Sin embargo, preciso es confesar que los viajes siempre distraen, y en nosotras esta distraccion era doble, porque todo tenia el atractivo de la novedad; pues aun-